

Homero

Ilíada, Canto 1¹

Castellano: ARNALDO C. ROSSI

La *menis*² canta, diosa, la del Pelida Aquiles,
destructora, que penas incontables
impuso a los aqueos, ¡tantas las vidas de héroes
que vigorosas arrojara al Hades!,
haciendo de ellos presas
para los perros y las aves todas
5 —el designio de Zeus iba cumpliéndose—,
desde el primer instante en que los dos
se opusieron discordes³, el Atrida, señor

¹ Aunque para traducir métricamente los poemas homéricos suele usarse en castellano el alejandrino (un hexámetro = un alejandrino), hemos preferido aquí no sólo el alejandrino, sustituido a veces, como es usual desde el modernismo, por algún verso de 13 sílabas, sino el endecasílabo y el heptasílabo. Procurando extender lo menos posible el número de versos castellanos por cada hexámetro griego, se utilizan los necesarios para tratar siempre de verter su semántica precisa, y para que reciban en nuestra lengua la mayor expresividad y belleza posible.

² Suele traducirse *menis* por ira o cólera, que es brusca y se va pronto. Preferimos dejar el intraducible término griego, pues se trata de un oscurecimiento *persistente* sea del menos de un héroe (la *menis* de Aquiles dura hasta el canto 24, cuando su encuentro con Príamo), sea de la índole de un dios (la de Apolo, v. 75, en este canto se extiende desde la oración de Crises pidiendo su intervención, vs. 37 ss, hasta su otra oración pidiéndole que cese la peste en perjuicio de los aqueos, vs. 451 ss).

³ Aparece aquí la semántica de *eris*, verbo *erizein*, traducidos siempre por *discordia*, *discordante*, etc. Es una rivalidad destructora y maligna, que podríamos oponer a *eros*, en tanto que principio conciliador. El canto VI, vs 440-445 despliega la dimensión pavorosa de su vigencia histórica y cósmica.

- sobre los hombres, y el divino Aquiles.
¿Quién de los dioses los lanzó en discordia
a pelear entre sí? El que de Leto es hijo
y de Zeus, que irritado contra el rey,
suscitó mala peste en el ejército.
- 10 Y morían los hombres por haber el Atrida
desestimado a Crises, sacerdote,
cuando fue a las veloces naves de los aqueos
a librar a su hija. Un inmenso rescate
les llevaba y sus manos sostenían las ínfulas
de Apolo, el que dispara de lejos, sobre un áureo
cetro. Y aunque rogaba a los aqueos todos,
15 más a los dos Atridas, los que huestes comandan.
“Atrida y los demás bien grebados aqueos,
les concedan los dioses de olímpicas moradas,
que la ciudad de Príamo depreden y bien vuelvan
a casa. Mas liberen a mi querida hija
20 aceptando el rescate, en reverencia
de Apolo, hijo de Zeus, que de lejos dispara.”
Y los demás aqueos se pronunciaron todos:
tener sacro pudor del sacerdote
y aceptar el espléndido rescate.
Pero por no agradarle íntimamente
a Agamemnón Atrida, mal lo echó
25 con tremendo mandato.
“No vaya, anciano, yo a encontrarte cerca
de las profundas naves, por demorarte ahora,
porque luego retornes. Ni el cetro ni las ínfulas
del dios te salvarían. ¡No te la soltaré!
Antes vendrá sobre ella la vejez
en nuestra casa, en Argos, de su patria alejada,
30 al trajín del telar, compartiendo mi lecho.
¡Vete ya, no me irrites, para que salvo vayas!”
Así habló, temió el viejo y obedeció el mandato.
Caminó silencioso por la orilla
del mar de mucho estruendo. Y puesto aparte,
el viejo intensamente oró al señor Apolo,
35 dado por Leto a luz, la bien rizada.
“Oye tú, el del argénteo arco, que a Crisa cuidas

y a la sagrada Kila y que a Ténedos riges
con vigor, ¡Esminteo!, si te fue grato a veces
que te elevara un templo o te quemase
grasos muslos de toros y de cabras,
40 cúmpleme este deseo: que los dánaos
cuenta den, con tus flechas, de mis lágrimas.”

Así dijo el orante y lo oyó Febo Apolo,
que bajó de las cumbres del Olimpo, ofuscado
el corazón, teniendo entre sus hombros
45 el arco y el carcaj doblemente cerrado.
Resonaban las flechas en la espalda
del encolerizado en movimiento.

Como noche avanzaba. Y al sentarse,
de las naves lejano, soltó el dardo y terrible
fue el son vibrante desde el arco argénteo.
Primero sobre mulas, sobre veloces perros
50 tiraba, y apuntando luego sobre ellos mismos,
les disparaba flechas penetrantes. Y ardían
sin cesar, a montones, las piras de los muertos.
Nueve días cayeron los misiles del dios
sobre la hueste. Al pueblo llamó Aquiles
en el décimo al ágora. Se lo puso en la mente
Hera, la diosa de los brazos albos,
55 en vilo por los dánaos, que veía muriendo.
Y en pareja asamblea ya reunidos,
se irguió a hablarles Aquiles, de pies raudos.

“Quizá, Atrida, frustrados, nos volvamos ya a casa
—si esquivamos la muerte—, si guerra y peste juntas
60 pudieran someter a los aqueos.
Pero, ¡vamos!, a un vate, un sacerdote
o a quien lea en los sueños preguntemos,
ya que de Zeus también proviene el sueño.
Tal vez dirá qué ofuscó tanto a Febo Apolo,
sea que culpe a un voto, sea que a un sacrificio,
65 por si acogiendo el humo de ovejas y de cabras
intachables, quisiera de la peste privarnos.”

Dijo así y se sentó. Se elevó entre ellos Calcas
Testorida, el mejor, lejos, de los augures,
conocedor del es, del será y lo que ha sido.

- 70 Él, que a Ilión orientara los bajeles aqueos
con el arte augural que Febo Apolo
le diera, en la asamblea
les habló bien dispuesto a los reunidos.
“Aquiles, a Zeus caro, me pides que la *menis*
declare, la de Apolo, señor que desde lejos
dispara. Lo diré. Pero tú atiende y júrame
75 que estás con voz y manos dispuesto a protegerme.
Tal vez enoje a un hombre que en todos los argivos
posee gran poder y obedecen incluso
los aqueos. Pues es tanto más fuerte
un rey cuanto más débil quien lo enoja,
80 y aunque hoy trague su cólera, el encono en su pecho
mantiene hasta más tarde consumarlo.
Piensa entonces si tú me pondrías a salvo.”

Y Aquiles, el veloz de pies, repuso.

- “Mucho anímate y di, cualquiera sea,
85 eso arcano que sabes. Por Apolo, a Zeus caro,
rogando a quien tú, Calcas, a los dánaos
clarificas arcanos: mientras viva yo y pueda
sobre la tierra ver, ninguno de los dánaos
te pondrá encima sus pesadas manos
90 junto a las hondas naves, por más que te refieras
a Agamemnón, el que se ufana ahora
de ser el superior, lejos, de los aqueos.”

Animándose entonces, dijo el augur sin tacha:

- “No nos culpa por voto o hecatombe.
Es por el sacerdote que Agamemnón no honró,
no liberó a la hija ni recibió el rescate.
95 Por eso dio penurias y aún dará
quien de lejos dispara; de la peste afrentosa
no privará a los dánaos sin antes a su padre
devolverle la joven de penetrantes ojos
sin rescate y sin pago y sin que a Crises lleven
una sacra hecatombe, por si al dios
100 pudiérase aplacarlo y disuadirlo.”

Así habló y se sentó. E irguióse entre ellos
Agamemnón Atrida, héroe de poder vasto,
con furor; si muy lleno de su impulso tenía

- el pecho oscuro en torno, semejaban
fuego en llamas sus ojos. Y mirando
105 primero mal a Calcas esto dijo.
“Adivino de males, que jamás me anunciaste
lo propicio y que siempre el augurio de males
a tu pecho le es caro. Dicho no has ni cumplido
siquiera una sentencia conveniente. Y ahora
profetizando dices a los reunidos dánaos
que les forja penurias el que tira de lejos
110 porque yo no aceptara el brillante rescate
de la joven Criseida, ya que mucho me inclino
a retenerla en casa. La prefiero
a Clitemnestra, mi formal esposa,
pues no le es inferior en figura ni en talla,
115 en tino ni en ninguna tarea. Y aún así,
me inclino, si es mejor, a cederla pues quiero
que el pueblo a salvo esté, no que perezca.
Mas apréstenme un premio ya, por no ser yo el único
entre argivos sin él, eso no es adecuado:
¡todos ven que con otro rumbo se marcha el mío!”
120 Luego el divino Aquiles, veloz de pies, repuso.
“Atrida, el de más lustre y el más voraz de todos.
¿Cómo cederte un premio los aqueos magnánimos?
No sabemos que queden tantos bienes comunes.
Lo que pillado fue de las ciudades
125 repartido ya está, no conviene que el pueblo
vuelva a reunir lo habido. Mas devuelve la joven
ya al dios, que los aqueos tres más o cuatro veces
te recompensarán, si Zeus nos diera
saquear la bien murada ciudad de los troyanos.”
Replicó Agamemnon, el poderoso.
130 “Aunque eres ducho, Aquiles que semejas un dios,
engañarme no intentes. No podrás superarme
ni persuadirme. ¿Quieres, por retener tu premio,
que yo quede indigente y así pides
135 que la joven devuelva? Si acaso los magnánimos
aqueos me cedieran, por conformarme, un premio,
¡que equivalente sea! Mas si no me lo dieran
yo mismo iría a arrebatar el tuyo,

- el de Ajax o a llevarme el de Odiseo
en arrebató. Y quedará con furia
140 cualquiera a quien me allegue.
Pero claro que en eso voy a pensar después.
Ahora echemos en cambio al mar divino
la negra nave, en ella reunamos los remeros
convenientemente, pongamos la hecatombe, a la hija
de Crises, la de bellas mejillas, embarquemos.
Y alguno de los hombres del consejo la mande,
Ajax, Idomeneo u Odiseo divino,
o tú, Pelida, superior a todos
145 los hombres, para que hagas el ritual
con que el que a quien de lejos obra nos apacigües.”
Lo miró mal Aquiles, veloz de pies, y dijo.
“¡Oh, de impudor vestido, aprovechado!
¿Cómo cualquier aqueo podría, bien dispuesto,
150 obedecer tus órdenes de andar por un camino
o de pelear con temple a los varones?
No fue por los lanceros troyanos que yo vine
aquí al combate; a mí no me dañaron.
Jamás me arrebataron ni vacas ni corceles.
155 Nunca a Ftía de glebas extensas, nutridora
de hombres, le dañaron el grano. Hay mucho en medio:
montes umbríos, mares resonantes.
Con todo, gran impúdico, te hemos acompañado,
por contentarte, a Troya, a conseguirles
160 estima⁴ a Menelao y a ti, ¡rostro de perro!
Y sobre ello no vuelves ni te importa.
¡Y ahora incluso amenazas con quitarme tú mismo
el premio a mí entregado por los hijos
de los aqueos, por mi mucho afán!
Mas jamás es igual al tuyo el premio
que obtengo cada vez que los aqueos
una ciudad troyana populosa saquean.
165 ¡Y mis manos soportan en la furiosa guerra

⁴ Estima traduce siempre *timé*, que en griego indica la veneración o el respeto que deben al héroe, sacerdote u hombre destacado no sólo los demás hombres, sino los mismos dioses, como queda claro en la plegaria de Aquiles a su madre Thetis. Es pues sacro fundamento de la vida en comunidad de los hombres entre sí y respecto de los dioses.

- lo más duro! No obstante en el reparto
es tu premio por lejos el mayor. Y con uno
pequeño y a mí grato regreso hacia mis naves,
sin que cuente mi empeño en el combate.
Mas ya a Ftía me vuelvo. Pues es mejor por cierto
volverme a casa con las naves corvas,
170 ya que aquí, sin estima, no imagino quedarme
a acrecentar tu haber y tu riqueza.”
- Replicó Agamemnon, señor de hombres.
“Si el ánimo te incita, huye y mucho. Yo al menos
no pido que te quedes. Otros hay a mi lado
que me darán la estima, y Zeus el consejero
175 sobre todo. En los reyes, por Zeus nutridos, me eres
el más odioso. La discordia siempre
te es querida, y las guerras y las lides.
¡Pero es un dios quien te dio ser tan bravo!
Yéndote con tus naves y cofrades a casa,
¡rige a tus mirmidones! Ni me aflijo por ti
180 ni me importa tu enojo. Mas así te amenazo.
Ya que fue Febo Apolo quien me quitó a Criseida,
con nave mía y con mis compañeros
seré quien la devuelva. Pero yendo en persona
hasta tu tienda, llevaré a Briseida,
la de bellas mejillas, que es tu premio,
185 para que bien entiendas cuánto más poderoso
soy que tú, y aborrezca también otro pensarse
que es mi par e igualándose me enfrente.”
- Dijo así y al Pelida llegó el dolor y dentro
de su velludo pecho, su corazón dudaba,
dividido: o del muslo sacar la aguda espada,
190 dispersar a los hombres y matar al Atrida,
o cesar en su enojo reprimiéndose el ánimo.
Mientras en mente y ánimo lo agitaba y sacaba
la gran espada de la vaina, vino
Atenea del cielo —Hera la enviaba, diosa
195 de albos brazos, que igual íntimamente
a los dos los quería y los cuidaba—,
y se puso detrás. Tomó al Pelida
por el rubio cabello, para él manifiesta;

- de los otros ninguno la veía. Y Aquiles
se asombró, se dio vuelta y al instante
conoció que era Palas Atenea,
200 pues los ojos lucíanle tremendos.
Con aladas palabras en su voz, él le dijo.
“¿Por qué viniste ahora nuevamente,
hija de Zeus, el que fulgores porta?
¿Acaso a ver la *hybris*⁵ de Agamemnón Atrida?
¡Pero te lo diré y esto, quizás, se cumpla!
Puede que por su exceso, pierda pronto la vida.”
205 Respondióle Atenea, diosa de ojos espléndidos.
“Del cielo vine a detener tu impulso,
—si es que obedeces—. Hera, diosa de brazos albos,
me mandó. A los dos quiere y le preocupan.
¡Cese, sí, la discordia! De la espada no tires
210 con tu mano. En palabras, las que sean, afréntalo.
¡Mas lo que ya diré sí que será cumplido!
Tres veces tantos dones deslumbrantes, un día
a causa de esta *hybris*, se pondrán a tu lado.
Sólo que tú deténte y obedécenos.”
Respondiéndole Aquiles, veloz de pies, le dijo.
215 “Preciso es guardar, diosa, lo que las dos dijeron.
Es mejor, por airado que se mantenga el ánimo.
Quien confía en los dioses, mucho es de ellos oído.”
Eso dijo. Contuvo sobre el puño de plata,
sin desoír el dicho de Atenea, su mano
pesada y a la vaina volvió la gran espada.
220 Ella salió al Olimpo, hacia las salas
que son de Zeus, el que fulgores porta,
y de los demás dioses. Y el Pelida otra vez
se dirigió, con incesante enojo
y en palabras de injuria, hacia el Atrida.
“¡Pesado por el vino, con los ojos de perro,
225 de ciervo el corazón! Jamás íntimamente
te atreviste a ponerte la armadura
y acudir a la par de tu pueblo al combate,
ni a la emboscada junto a los aqueos

⁵ Máximo e irreversible desquiciamiento personal, que en la *Iliada* sólo se atribuye a Agamemnón, primero por Aquiles y enseguida por la propia Atenea.

- que se destacan más:
¡el corte de la muerte ves en ello!
Te es más grato en la vasta hueste de los aqueos
230 arramblar con los dones de quien te contradiga,
rey que al pueblo devoras porque riges inválidos,
si no, Atrida, el de ahora fuera el último ultraje.
Pero te lo diré y en juramento magno.
Por este cetro, sí, que ni en hojas ni en ramas
crecerá ya, después de que en los montes
235 dejó el tocón y no volverá el brote,
pues le ha quitado el bronce en torno la corteza
y las hojas, y ahora lo llevan en sus palmas
jueces hijos de aqueos que preservan
lo que por Zeus es justo... Éste te sea
mi juramento magno. La añoranza de Aquiles
240 llegará un día hasta los hijos todos
de los aqueos, sin que puedas protegerlos
por más que te enardecas, mientras Héctor, que mata
a los varones, haga que muchos caigan muertos.
Y te desgarrarás íntimamente
con la aflicción de que estimaste en nada
a quien es el mejor de los aqueos.”
245 Así dijo el Pelida, arrojó a tierra el cetro,
que tachan clavos de oro, y se sentó.
El Atrida en su menis se seguía oponiendo.
Surgióles raudo Néstor, el de suave palabra,
clara voz de orador en los pilios. Fluía
desde su lengua un son más que la miel de dulce.
Le habían perecido ya dos generaciones
250 de hombres mortales, tiempo atrás nacidos,
al lado de él, en Pilos muy divina criados,
siendo entonces señor de la tercera.
Y él habló, bien dispuesto, a los reunidos.
“¡Ay no, qué dolor grande llega a la tierra aquea!
255 ¡Qué alegría de Príamo y sus hijos!
Y en los demás troyanos ¡qué regocijo íntimo!,
si se enteran de todo lo que entre sí disputan
los dos que en el consejo y el combate
son los más descollantes de los dánaos.

¡Oigan, ambos más jóvenes que yo!
Conviví tiempo atrás con hombres superiores
260 a ustedes y jamás me despreciaron.
Jamás vi ni veré varones tales
como Piritoo; Dryas, pastor de pueblos; Kéneo;
Exadio; Polifemo, que es reemplazo de un dios,
y Teseo Egeída, que inmortales semeja.
265 Los más fuertes crecieron ellos entre los hombres
sobre la tierra. Fueron los más fuertes y contra
los más fuertes lucharon, con los centauros, fieras
de las montañas que con furia aniquilaron.
Salí de la lejana Pilos, remota tierra.
Su compañero fui. Ellos me convocaron.
270 Y luché a mi manera yo también. ¡Contra aquéllos
ningún mortal de ahora en la tierra luchara!
Y me oían consejos. Mi palabra seguían.
También síganla ustedes, pues seguirla es mejor.
Ni tú, pese a tu encumbre, le sustraigas la joven.
275 Déjasela. Hace un tiempo se la dieron los hijos
de los aqueos en premio. Ni tú, Pelida, quieras
confrontar con un rey, en la discordia,
pues jamás compartió la misma estima
un rey con cetro, a quien dio Zeus el brillo;
pues si eres tú más fuerte y te dio a luz
280 una madre que es diosa, el superior es él,
que sobre más gobierna. ¡En cambio tú,
calma tu impulso, Atrida! Te lo ruego.
¡Abandona tu encono contra Aquiles!
A los aqueos todos les significa un magno
muro contra los males de la guerra.”
Y Agamemnón en réplica, el poderoso, dijo.
285 “Sí que es medido, anciano, todo cuanto dijiste.
Pero quiere este hombre sobrepujar a todos
los demás, sobre todos tener mando,
ser el señor de todo, a todos darles
indicaciones y, presumo, existe
el que no las acepte. Si guerrero lo hicieron,
290 y de lanza, los dioses que son siempre,
¿le ofrecieron por eso hablar injurias?

- Pero el divino Aquiles irrumpió replicándole.
“Sí que me llamarían desvalido y medroso
si diera curso a toda tarea que tú digas.
Manda a otros, a mí ya no me indiques,
295 pues no creo que aún siga obedeciéndote.
Más te diré y mételo en tu mente.
Mis manos, por la joven, no pelearán contigo
ni con otro, pues sólo me quitarán lo dado.
300 De lo demás que es mío junto a la negra nave
veloz, nada tendrás arrebatándolo
sin consentirlo yo. Pero, ¡adelante!, inténtalo
para que éstos también sepan que al punto
fluirá tu negra sangre lanza en torno.”
- Detenida la lucha de ambas voces rivales,
la junta ante las naves aqueas disolvieron.
305 Y el Pelida a sus tiendas y balanceadas naves
con sus hombres y el hijo de Menetio partió.
Una nave veloz echó al mar el Atrida,
veinte para remarla le escogió, la hecatombe
para el dios puso dentro. Y llevando a Criseida,
310 la de bellas mejillas, la embarcó, y a Odiseo,
el de muchos recursos, le dio el mando.
Después de que en el barco navegaban
ellos ya por los húmedos senderos,
mandó el Atrida al pueblo que se purificara.
Y se purificaron y en el mar arrojaron
el desecho lustral, perpetrándole a Apolo
315 perfectas hecatombes de toros y de cabras
a la orilla del mar infatigable.
El olor llegó al cielo, en humo envuelto.
Se ocupaban así en el campamento,
sin cese Agamemnon en la discordia
con la que amenazara antes a Aquiles,
pues les dijo a Taltibio y Eurybates, heraldos
320 ambos y atentos servidores suyos.
“A la tienda de Aquiles el Pelida
vayan y traigan, de la mano asida,
a Briseida, de bellas mejillas. Mas si no
la cedieran, yo mismo iré a tomarla

- 325 con muchos más y le será más duro.”
Dijo así y los mandó con tan dura consigna.
Y a disgusto los dos recorrieron la orilla
del mar infatigable, hasta llegar
a las tiendas y naves mirmidonas.
Lo encontraron sentado y a la vera
de su tienda y su negra nave. Aquiles
no se alegró de verlos. Y los dos con temor
330 y respeto hacia el rey se detuvieron
sin preguntas, sin darle a oír su voz.
Mas él íntimamente lo entendía y les dijo.
“¡Salve, heraldos!, de Zeus y de los hombres
mensajeros. Acérquense. Culpa no hay en ustedes
335 sino en Agamemnon, que los mandó
por la joven Briseida. Pero, ¡vamos, Patroclo,
prole de Zeus!, la joven saca y cédela
a que la lleven ambos. Aunque sean testigos
los dos ante los dioses felices y los hombres
mortales y ante el rey endurecido,
340 por si de mí otra vez precisaran que cuide
a los demás de la afrentosa pena.
Se exaspera con mente destructiva,
pero sin que él atine a entender a la vez
lo que fue y lo que viene, y así puedan
luchar junto a las naves los aqueos a salvo.”
Eso dijo y Patroclo, obediente a su caro
345 compañero, sacó de la tienda a Briseida,
la de bellas mejillas, la entregó a que la lleven.
Y marchando los dos a las naves aqueas,
la mujer a disgusto iba con ellos.
Pero enseguida Aquiles,
llorando y yendo lejos de sus conmlitonos,
a orillas del salino mar se sentó, mirando
350 hacia el vinoso ponto, y a su madre
le oró, intenso, con manos extendidas.
“Madre, pues me alumbraste a ser breve de vida,
debería el olímpico Zeus, que truena en lo alto,
concederme la estima. Pero ahora
ni un poco me honra ya. Agamemnon Atrida,

- 355 de poder vasto, me ha desestimado:
tomó y tiene mi premio que él mismo me arrancó.”
Así dijo entre lágrimas. Pero desde su asiento
en honduras del mar, junto a su padre anciano,
su soberana madre lo escuchó.
Se alzó del albo mar rauda como la niebla.
Y sentándose junto al que lloraba
- 360 lo acarició su mano y lo nombró y le dijo:
“Qué lloras, hijo? ¿Qué dolor más íntimo?
No lo guarde tu mente, sino dilo
para conocimiento de los dos.”
Y Aquiles, de pies raudos,
entre graves gemidos, le repuso.
“Lo sabes. ¿Qué contarte si ya lo sabes todo?
- 365 A Tebas, la sagrada ciudad de Etión nos fuimos,
la arrasamos y aquí trajimos todo. Hicieron
hijos de los aqueos buen reparto. Cedieron
al Atrida a Criseida, la de bellas mejillas.
Acudió entonces Crises, sacerdote de Apolo,
370 que de lejos dispara, hasta las raudas
naves de los aqueos revestidos de bronce,
por librar a su hija. Un inmenso rescate
llevaba y en sus manos sostenía las ínfulas
de Apolo, el que de lejos dispara, sobre un cetro
de oro. Y aunque a todos los aqueos rogaba,
más a los dos Atridas, los que huestes comandan.
- 375 Y los demás aqueos se pronunciaron todos:
tener sacro pudor del sacerdote
y aceptar el espléndido rescate.
Pero por no agradarle íntimamente
a Agamemnón Atrida, mal lo echó
con violento mandato.
Contrariado el anciano se volvió. Pero Apolo,
380 por serle muy querido, lo oyó cuando le oraba.
Y su flecha maligna les lanzó a los argivos.
Fue así muriendo el pueblo, los unos tras los otros.
Por doquier trajinaban los disparos
del dios sobre la hueste vasta de los aqueos.
Pero un augur de nítido saber

385 nos declaró el arcano del que tira de lejos.
Fui enseguida el primero en reclamar
el apaciguamiento del dios. Luego al Atrida
el furor lo tomó, se irguió de pronto
a decir la amenaza que cumplida ya está.
A una joven la enviaron a Crises los aqueos
de penetrantes ojos, sobre una nave rauda
390 con dones para el dios. Y a la otra, Briseida,
dada a mí por los hijos de los aqueos, fuéronse
los heraldos recién de mi tienda llevándola.
Mas tú, si puedes, cuida de tu hijo.
Ve al Olimpo, a Zeus pídele, si de palabra u obra
395 el corazón de Zeus cierta vez aliviaste.
Solía oírte, en salas de mi padre
cuando ufana decías que al Cronida,
el de nubes sombrías, entre los inmortales
únicamente tú lo preservaste
de la ruina afrentosa, aquella vez
en la que otros olímpicos, Poseidón, Hera y Palas
400 Atenea, quisieron apresarlo.
Fuiste a su lado, diosa, le aflojaste los nudos,
llamaste al magno Olimpo con urgencia al Cienbrazos,
cuyo nombre es Briareo entre los dioses,
y entre los hombres todos Egeón, de más fuerza
que Poseidón, su padre. Se sentó
junto al hijo de Cronos, de su esplendor ufano.
405 Y los felices dioses, temblorosos,
desistieron de atarlo. Recuérdaselo ahora
y sentada a su lado sus rodillas abraza,
por si quiere ayudar a los troyanos
cercando a los aqueos, moribundos,
debajo de sus popas y alrededor del mar,
para que todos hagan suficiente experiencia
410 de su rey y hasta el mismo Agamemnon Atrida,
de poder vasto, entienda su ceguera
cuando al mejor aqueo en nada honró.”
Contestó luego Thetis entregada a sus lágrimas.
“Ay de mí, si a miseria te he parido, ¡hijo mío!,
¿a qué criarte? Al lado de las naves debieras

- 415 sin lágrimas, sin penas estar, por ser tu sino
 fugaz, no ha de durar ya mucho más.
 Y al contrario, eres hoy de vida breve
 e indigente entre todos a la vez:
 ¡te parí a mal destino en mis moradas!
 A decírselo a Zeus, el que del trueno goza,
 iré en persona al muy nevado Olimpo,
420 por si quisiera oírme. Pero tú permanece
 al lado de las naves de raudo andar ahora,
 siempre con los aqueos irritado. Y abstente
 por completo en la guerra, que ayer Zeus donde Océano
 se fue, para un festejo con los irreprochables
 etíopes; los dioses lo acompañaron todos.
 En doce días volverá al Olimpo,
425 e iré, por ti, enseguida hasta la casa
 con umbrales de bronce de Zeus, para abrazarle
 las rodillas en ruego. Y espero persuadirlo.”

Así dijo y se fue. Y lo dejó irritado
íntimamente allí, por la mujer de bello
talle que por la fuerza y sin ella quererlo
lleváronse.

- 430 Odiseo mientras tanto
 llegó hasta donde Crises con la sacra hecatombe.
 Cuando ya estaban ellos en el puerto
 bien profundo, las velas recogieron,
 sobre la negra nave las dejaron,
 y bajando veloces el mástil con las sogas
 de proa, lo pusieron en su horquilla.
435 Con los remos llevaron la nave al fondeadero,
 arrojaron las piedras del anclaje, ajustaron
 amarras, superaron ellos mismos
 las rompientes del mar, y para Apolo,
 que de lejos dispara, la hecatombe sacaron.
 Salió por fin Criseida de la nave
 surcadora del ponto y Odiseo,
440 el de muchos recursos, la aproximó al altar
 hasta ponerla en brazos de su padre, a quien dijo:
 “¡Crises!, Agamemnón, señor de hombres,
 mandó que te trajese tu hija y perpetrara

a Febo, por los dánaos, una sacra hecatombe,
para que apacigüemos al señor
que penurias colmadas de gemidos
arroja ahora sobre los aqueos.”

- 445 Diciendo así en los brazos se la dio, y a su hija
él recibió exultante. Pusieron pronto ellos
en ristra la hecatombe sagrada para el dios
en torno del altar bien construido. Y lavadas
en lustración sus manos, levantaron
los granos de cebada, mientras Crises les hizo
450 una magna oración con las manos tendidas.
“Oye tú, el del argénteo arco, que a Crisa cuidas
y a la sagrada Kila y que a Ténédos riges
con vigor, si antes ya me diste oídos
cuando oraba y también estima y mucha
fue tu presión contra la hueste aquea,
también cúmpleme ahora este deseo:
455 quita ya de los dánaos la afrentosa penuria.”
Así dijo el orante y lo oyó Febo Apolo.
Tras rezar y arrojarles la cebada del rito,
retrajeron primero el testuz de las víctimas,
las degollaron luego y desollaron,
y, cortados los muslos, los metieron en grasa
460 en dos capas dispuesta, le pusieron encima
carne cruda, el anciano lo encendió sobre leña,
y vertió encima vino centellante.
Sostenían los jóvenes a su lado asadores
cinco veces dentados en sus manos.
Luego de consumidos los muslos y gustadas
465 las entrañas, trozaron lo demás;
ensartado en los pinchos, a conciencia lo asaron
y retiraron todo. Pero una vez cesada
la faena y dispuesto ya el festejo,
comieron sin que nada íntimamente
les faltara en su parte equitativa.
Tras quitarse el deseo de comida y bebida
las crateras colmaron los jóvenes con vino
470 y al servírsele a todos no quedaron sin gotas
para libar vertidas en las copas.

Todo el día alabaron al dios apaciguándolo.
¡Qué bello peán cantaban los jóvenes aqueos,
en alabanza al que obra desde lejos
y en íntimo disfrute los oía!

- Luego que el sol cayó y el crepúsculo advino,
475 se recostaron junto a las amarras
de la nave. Y no bien la que nace temprano,
la aurora de rosáceos dedos se iluminó,
echaron nave al mar hacia el ejército
vasto de los aqueos. Una propicia brisa
enviaba Apolo, el que obra desde lejos.
Después de izar el mástil y abrir las velas albas,
480 sopló el viento hacia el centro del velamen y en torno
de la quilla emitían la purpuradas olas
un magno son, mientras la nave andaba
y las olas pasaba completando su rumbo.
Al llegar a la vasta hueste de los aqueos
arrastraron la negra nave a tierra.
485 Sobre la arena en alto, la ajustaron
con las grandes escoras. Y por fin
entre tiendas y naves ellos se dispersaron.
Mas siempre con su *menis*, sentado ante las naves
de raudos andar, el hijo de Peleo seguía,
—el que de Zeus proviene, Aquiles, de pies raudos—
sin frecuentar el ágora que a los hombres da lustre
490 ni tampoco la guerra; el corazón
suyo se consumía estando allí,
anhelante del grito feroz y de la guerra.

- Después que doce auroras transcurrieron,
los dioses, que son siempre, fueron hacia el Olimpo
todos juntos con Zeus que conducía. Y Thetis
495 no olvidó los pedidos de su hijo,
sino que ella, surgiendo de las ondas marinas,
muy temprano subió hasta el magno cielo
y el Olimpo; y a Zeus, que a la distancia mira,
lo halló sentado aparte de los otros,
en la cumbre más alta de las muchas olímpicas.
Tomó asiento a su lado, abrazó sus rodillas

- 500 con la izquierda y tomándolo
con la diestra debajo del mentón,
al señor, Zeus Cronida, le rogaba.
“¡Zeus padre!, si una vez te protegí,
entre los inmortales, de palabra y de obra,
cúmpleme este deseo: da a mi hijo la estima
505 por ser su sino el más fugaz de todos.
Agamemnón ahora sin embargo,
señor de hombres, lo ha desestimado,
tomó y tiene su premio que él mismo le arrancó.
¡Pero tú, consejero, Zeus Olímpico!, hónralo,
cediéndoles poder a los troyanos.
¡Y entiendan los aqueos que a mi hijo
510 es su deber honrarlo con la estima!”
Habló. Y nada le dijo Zeus, el que nubes junta,
sentado silencioso buen rato. Pero Thetis,
ya asida a sus rodillas, se estrechó
más y lo requirió por vez segunda.
“Sosténlo francamente, y tu cabeza inclina,
o niega, que el temor no cabe en ti,
515 para que así yo sepa hasta qué punto
soy de todos los dioses el más desestimado.”
Zeus, el que nubes junta, muy turbado le dijo.
“¡Obra infausta! Me impulsas a un conflicto con Hera,
si con voces de injuria buscara enardecerme;
entre los inmortales dioses, siempre me enfrenta,
520 con decir que en la lucha a los de Troya ayudo.
Pero tú vete ya. Temo que Hera te advierta.
Aunque mi empeño en esto mantendré hasta lograrlo.
¡Claro que inclinaré por persuadirte
mi cabeza! Que es éste el mayor signo
525 de mí surgido entre los inmortales
por no ser revocable ni engañoso
ni sin logro quedar, si la cabeza inclino.”
Dijo y las azuladas cejas curvó el Cronida.
Los imperecederos cabellos del señor
en la inmortal cabeza se agitaron,
530 y temblar hizo incluso al gran Olimpo.
Deliberando así se separaron. Luego

- ella saltó al mar hondo desde el Olimpo espléndido;
Zeus fue a su casa. Y desde sus asientos los dioses,
ante el padre de pie se irguieron todos.
No osó nadie quedarse mientras él se acercaba
535 y frente a frente todos se pusieron.
Él se sentó en el trono. Y Hera al verlo
no dejó de advertir que convergido había
con él en planes Thetis, de pies argénteos, hija
del anciano del mar. Y de inmediato
con sarcasmos le dijo a Zeus Cronida.
“¿Quién volvió entre los dioses, ¡engañador!, contigo
540 a convenir en planes? Porque te es grato siempre,
lejos de mí, pensar y decidir secretos.
Mas jamás te atreviste de buen grado a decirme
palabra de eso que estás ya pensando.”
Y el padre de los dioses y los hombres le dijo.
“Saber no esperes, Hera, toda sentencia mía,
545 Pese a que eres mi esposa, ello te ha de ser arduo.
De lo que oír conviene no habrá dioses ni hombres
que antes puedan saberlo. Pero de lo que lejos
de los dioses deseo yo pensarlo
ni preguntes detalles ni saberlo pretendas.”
550 Contestó Hera, señora de los ojos bovinos.
“¡Cronida aborrecible!, ¿qué fue lo que dijiste?
¡No pregunté jamás antes, ni saber quise,
y es así que muy suelto meditas lo que quieras!
Mas ya es en mí terrible el temor de que Thetis,
555 de pies argénteos, hija del anciano del mar,
te persuadiera. Pues no bien amaneció
a tu lado sentada se abrazó tus rodillas.
Y, creo, le aceptaste verazmente, inclinándote,
dar a Aquiles estima y en las naves
de los aqueos destruir a muchos.”
Zeus, el que nubes junta, respondiéndole dijo.
560 “No te esquivo, ¡extraviada!, pero siempre sospechas,
sin poder hacer nada, salvo de mí estar lejos
íntimamente. Y esto te ha de ser todavía
más duro ¡Es que es así por serme grato!
Pero callada siéntate y esta sentencia escucha.

565 Ni cuantos dioses hay en el Olimpo
podrían protegerte, si acercándome,
las manos mías te pusiera encima.”

Él dijo y tuvo miedo Hera, la soberana
de los bovinos ojos, que callada
se sentó doblegando su corazón. En casa
de Zeus los celestiales dioses se atribularon.

570 Y, artesano famoso, comenzó a hablar Hefesto
agradando a su madre Hera, de brazos albos.

“¡Qué acciones más infaustas y más intolerables,
si por mortales ambos pelearan
promoviendo en los dioses tal escándalo!

575 Ya no saldrá placer de un buen festejo
si lo inferior primase. A mi madre le ruego,
si no lo sabe ya, que el gusto dé a mi padre
Zeus, y que él no vuelva a doblegarla
para turbar así nuestro festejo.

¡Si quisiera el Olímpico, que el rayo lanza, echarnos
580 de los asientos...! El más fuerte es él.
Insístele con suaves palabras y el Olímpico
se nos hará enseguida favorable.”

Habló, se irguió veloz y el copón de dos vasos
puso en la mano de su madre y dijo.

585 “Madre mía, paciencia; pese al dolor, sosténte.
Por serme tan querida, no dejes que mis ojos
magullada te vean. Yo no podría entonces
ayudarte por más que me afligiese.

¡Oponerse al Olímpico es difícil!
Tiempo atrás, intentando protegerte,

590 me tomó por los pies, desde el umbral divino
me arrojó, en vilo anduve todo el día,
pero al ponerse el sol, por fin di en Lemnos,
escaso ya el aliento. Aunque no bien caído,
me socorrieron los varones sintios.”

Habló así. Sonrió Hera, diosa de brazos albos,

595 y recibió sonriente de su hijo en la mano
la copa. Y él girando hacia la diestra,
les fue sirviendo a todos los demás
dioses el dulce néctar que a la cratera extrajo.

Y se alzó, inextinguible, por los felices dioses
la risa, cuando vieron el apuro de Hefesto
600 que cojeando cruzaba los recintos.
Y así el entero día, hasta que el sol se puso,
siguió el festejo y nada íntimamente
les faltó en su porción equitativa,
ni de la bella lira que Apolo sostenía
ni de las Musas que iban alternándose
en la bella palabra de su canto.
Y después que la espléndida lumbre del sol se puso
605 fue cada uno a casa por reposo,
pues el famoso Hefesto, de los dos miembros corvos,
a cada cual con sabia pericia su recinto
le había edificado. Y Zeus olímpico,
que lanza rayos, a su lecho fue.
Allí ya hacía tiempo se tendía
610 siempre que el dulce sueño lo alcanzaba.
Y Hera a su lado, la del áureo trono,
allí también, subiendo, reposaba.